

Cultura de premiación a la ignorancia: las consecuencias inmediatas de la dependencia a la inteligencia artificial.

Pousada, Azul.



Introducción.

Nos encontramos atravesando una época en la que la falta de conocimiento, la difusión de información sin verificar y la escasa valoración del esfuerzo parecen haberse normalizado e, incluso, en algunos casos, ser motivo de admiración.

¿Cómo es posible que, hoy en día, goce de mayor prestigio una persona que afirma haber hecho fortuna a los 19 años mediante apuestas online que quienes, después de años de estudio, sacrificio y dedicación, obtuvieron un título universitario para poner sus conocimientos al servicio de la sociedad? Esta situación no es casual ni aislada, sino el **reflejo de un cambio cultural más profundo.**

Vivimos en un contexto en el que las inteligencias artificiales y el consumo inmediato de información debilitan la capacidad de razonamiento, el pensamiento crítico y la autonomía intelectual. Al mismo tiempo, el interés por la lectura, la investigación y el aprendizaje profundo disminuye, en parte porque muchas personas perciben que ya no es necesario comprender, sino simplemente obtener respuestas rápidas. Como consecuencia, el conocimiento deja de valorarse por sí mismo y el esfuerzo intelectual pierde reconocimiento frente a la inmediatez y la aparente facilidad.

En ese sentido, resulta ineludible aceptar que el esfuerzo intelectual pierda valor cuando una inteligencia artificial puede responder, en cuestión de segundos, aquello que antes exigía horas de investigación y reflexión. Cuando la IA deja de ser un instrumento para potenciar el aprendizaje y pasa a reemplazar el proceso de pensar, comprender y cuestionar, **el conocimiento se vuelve superficial.**

Cada vez son menos quienes sienten la necesidad de investigar por cuenta propia, contrastar fuentes o construir un razonamiento propio. Si una respuesta aparece instantáneamente en una pantalla, muchos dejan de preguntarse si esa respuesta es correcta, cómo fue obtenida o qué fundamentos la sostienen. Poco a poco, la curiosidad cede lugar a la comodidad y **el pensamiento crítico se reemplaza por la aceptación automática de aquello que una máquina produce.**

La inteligencia artificial representa uno de los mayores avances tecnológicos de nuestra época, pero también plantea un desafío cultural. Si delegamos en ella la tarea de pensar, argumentar e incluso crear, corremos el riesgo de convertirnos en consumidores pasivos de información, en lugar de ciudadanos capaces de analizar la realidad con criterio propio. La tecnología debería ampliar nuestras capacidades, no sustituirlas.

El filósofo y ensayista surcoreano *Byung-Chul Han* sostiene que, si bien la inteligencia artificial puede constituir una herramienta de utilidad para la humanidad, existe el riesgo de que su uso desmedido termine invirtiendo la relación entre el ser humano y la tecnología. En lugar de que la inteligencia artificial permanezca al servicio de las personas, podríamos llegar a depender de ella hasta el punto de subordinar nuestras decisiones, nuestra creatividad e incluso nuestra capacidad de pensar de manera autónoma. En ese escenario, dejaríamos de utilizar la tecnología como un medio para convertirnos, progresivamente, en quienes se adaptan y sirven a sus lógicas: **terminaría esclavizando a la humanidad.**



Ahora bien, si existen tantas advertencias por parte de científicos y especialistas acerca de los efectos que una dependencia excesiva de la inteligencia artificial puede generar sobre nuestras capacidades cognitivas, ¿cómo es posible que aún no exista un consenso internacional orientado a regular su desarrollo y utilización? Más aún, **¿por qué las propias personas no establecen límites en su uso para preservar su autonomía intelectual?**

La respuesta, probablemente, no sea jurídica ni tecnológica, sino profundamente humana. Las herramientas que simplifican el esfuerzo resultan extraordinariamente atractivas. Si una inteligencia artificial puede redactar un texto, resolver un problema o sintetizar un libro en pocos segundos, la tentación de delegar en ella tareas que antes requerían tiempo y dedicación es enorme. Sin embargo, **aquello que deja de ejercitarse inevitablemente termina debilitándose**. Del mismo modo que un músculo pierde fuerza cuando no se utiliza, la memoria, la capacidad de análisis y el pensamiento crítico también se deterioran cuando son reemplazados de manera sistemática por una máquina.

Este fenómeno no constituye un hecho aislado. La inteligencia artificial forma parte de una lógica tecnológica más amplia, diseñada para captar y retener nuestra atención el mayor tiempo posible. Plataformas como TikTok son quizás el ejemplo más evidente. Su sistema de recomendaciones ofrece una sucesión ininterrumpida de estímulos breves, inmediatos y altamente personalizados, acostumbrando al cerebro a recompensas constantes y reduciendo progresivamente la tolerancia al esfuerzo intelectual sostenido. En un entorno dominado por videos de pocos segundos, **resulta cada vez más difícil mantener la concentración necesaria para leer un libro, estudiar un texto complejo o desarrollar una reflexión profunda**.



Así, la dependencia de la inteligencia artificial y el consumo compulsivo de contenidos en redes sociales responden a una misma lógica: **la sustitución del esfuerzo por la inmediatez**. Pensar demanda tiempo; deslizar el dedo sobre una pantalla o solicitar una respuesta a una inteligencia artificial apenas requiere unos segundos. Cuando la rapidez se convierte en el criterio supremo, el conocimiento deja de construirse y pasa simplemente a consumirse. El resultado es una sociedad cada vez más informada en apariencia, pero menos acostumbrada a comprender, cuestionar y elaborar ideas propias.

A ello se suma otro fenómeno preocupante: **la modificación de nuestros mecanismos de recompensa**. Tanto las redes sociales como muchas herramientas digitales están diseñadas para ofrecer gratificaciones inmediatas. Un video entretenido, un "me gusta", una notificación o una respuesta instantánea de una inteligencia artificial producen una sensación de satisfacción casi automática, sin exigir un esfuerzo significativo.

Como consecuencia, **nuestra tolerancia a la espera disminuye**. Actividades que antes resultaban naturalmente gratificantes como leer un libro, estudiar durante varias horas, aprender una habilidad o investigar un tema complejo, comienzan a percibirse como lentas, tediosas e incluso frustrantes. **El cerebro se acostumbra a recompensas cada vez más rápidas y frecuentes, por lo que necesita una estimulación constante para experimentar el mismo nivel de satisfacción**.

Esta dinámica genera un círculo vicioso. Cuanto más inmediata es la gratificación, menor es la capacidad para sostener el esfuerzo; y cuanto menor es la capacidad para esforzarse, mayor es la necesidad de buscar nuevas recompensas instantáneas. De este modo, la motivación deja de orientarse hacia objetivos de largo plazo y pasa a depender de estímulos cada vez más intensos y constantes.



Paradójicamente, una sociedad que dispone de más herramientas que nunca para acceder al conocimiento termina encontrando cada vez más difícil la tarea de perseverar, concentrarse y disfrutar del proceso de aprender.

El verdadero peligro no consiste en que la tecnología piense por nosotros, sino en que, poco a poco, **perdamos la voluntad de hacerlo**. Cuando la recompensa inmediata desplaza al valor del esfuerzo, **el conocimiento deja de ser una conquista personal para convertirse en un simple producto de consumo**. Y una sociedad que deja de valorar el proceso de aprender corre el riesgo de perder, junto con él, la curiosidad, la creatividad y la capacidad de construir un pensamiento verdaderamente propio.

Lejos de proponer un rechazo absoluto a la tecnología, el verdadero desafío consiste en aprender a convivir con ella sin renunciar a aquello que nos hace profundamente humanos. La inteligencia artificial, las redes sociales y las nuevas herramientas digitales pueden ampliar nuestras capacidades, pero jamás deberían reemplazar nuestra voluntad de pensar, cuestionar, crear y aprender.

Cada generación enfrenta un reto distinto. El nuestro no será demostrar que somos capaces de desarrollar tecnologías cada vez más sofisticadas, **sino probar que seguimos siendo capaces de utilizarlas sin sacrificar nuestra autonomía intelectual**. La comodidad nunca podrá sustituir al conocimiento, porque aquello que realmente transforma a una persona no es la respuesta que recibe, **sino el esfuerzo que realiza para comprenderla**.



Quizás el mayor acto de rebeldía en una sociedad dominada por la inmediatez sea volver a leer con paciencia, investigar antes de opinar, escribir con ideas propias y **aceptar que el aprendizaje exige tiempo**. El progreso no debería medirse por la velocidad con la que obtenemos respuestas, sino por la profundidad de las preguntas que somos capaces de formular.

En definitiva, la inteligencia artificial no decidirá el futuro de la humanidad. **Lo hará el uso que nosotros elijamos darle**. Mientras conservemos la curiosidad, el pensamiento crítico y la voluntad de esforzarnos por comprender el mundo, ninguna tecnología podrá reemplazar aquello que constituye la esencia del ser humano: la capacidad de pensar por sí mismo.

